



Historiografía y movimientos sociales en El Salvador (1811-1932): un balance preliminar

*Carlos Gregorio López Bernal**

Resumen: Este trabajo pretende hacer un balance historiográfico preliminar sobre el estado de los estudios sobre movimientos sociales en El Salvador, de 1811 a 1932. Para seleccionar los casos de estudio se procedió a partir de dos criterios básicos: primero, la importancia que tuvo la movilización, tanto en el momento de su acaecimiento como en la historiografía salvadoreña; segundo, la cantidad y calidad de los estudios al respecto, considerando tendencias historiográficas, abordajes, fuentes e interpretaciones. Se discuten los factores que a lo largo del tiempo han condicionado las diferentes interpretaciones sobre los mismos hechos.

Palabras claves: El Salvador, movimientos sociales, historiografía.

Abstract: This article analyzes the historiography about social movements occurred in El Salvador since 1811 to 1932. We choose the study cases on two reasons: the mobilization's importance at the time and its meaning in the Salvadorian history. Besides we think over the quantity and quality of studies, including tendencies, perspectives, sources and interpretations. We discuss some clues that determinate different interpretations on the same events along the time.

Keywords: El Salvador, social movements, historiography.

Fecha de recepción 17/09/12 • Fecha de aprobación 14/02/13

* Salvadoreño. Doctor en historia por la Universidad de Costa Rica (UCR). Docente e investigador de la Licenciatura en Historia de la Universidad de El Salvador. Este artículo forma parte del proyecto de investigación CIC-UES 07.22, financiado por el Consejo de Investigación Científica de la Universidad de El Salvador. El autor agradece el apoyo del asistente de investigación Ronald Oswaldo Pérez. Correo electrónico: cglopezb@gmail.com

Introducción

Los movimientos sociales en América Latina se asocian con los momentos de mayor intensidad de la conflictividad social, independientemente de cómo esta se manifieste. Esta es la tesis que subyace, por ejemplo, en la sugerente compilación de estudios que hizo Fernando Calderón a mediados de la década de 1980. La emergencia de movilizaciones sociales se relaciona con crisis que provocan o agravan los problemas sociales y que impulsan a la organización de distintos actores.

Fernando Calderón define los movimientos sociales como: “acciones colectivas con alta participación de base, que utilizan canales no institucionalizados y que, al mismo tiempo que van elaborando sus demandas, van encontrando formas de acción para expresarlas y se van constituyendo en sujetos colectivos”.¹ La definición de Calderón es lo suficientemente amplia como para dar cabida a los casos que aquí se estudiarán, en tanto ve el problema como proceso, abre la posibilidad de un estudio en perspectiva histórica. Una situación conflictiva lleva a determinados actores a realizar “acciones colectivas” que evidencian cierto grado de organización. Tales actores parten de una agenda -lo que quieren cambiar, mantener o rescatar-, la cual condiciona sus formas de lucha y los objetivos de la movilización, los cuales pueden variar; desde los que buscan cambios revolucionarios, otros que pretenden mejorar las condiciones de vida de los involucrados; los que simplemente tratan de mantener un estado de cosas, hasta aquellos casos en que se buscaría restituir derechos ya perdidos.

Estas consideraciones ayudan a entender por qué se decidió incorporar en este análisis las luchas independentistas y los levantamientos indígenas, que en principio parecen no ajustarse a lo que normalmente se entiende por movimientos sociales. Una acotación adicional; este trabajo se distancia del reduccionismo marxista que daba una excesiva importancia a la economía y la clase social en la configuración y expresión de los movimientos sociales. Por el contrario, al incorporar la etnicidad y las problemáticas del poder local, se pretende ver más allá de los determinantes económicos y de clase.² El estudio de los movimientos sociales ayuda a entender mejor la sociedad que los produce, las causales de las

1 Fernando Calderón, *Los movimientos sociales ante la crisis* (Buenos Aires, Argentina: Universidad de las Naciones Unidas, 1986), 18.

2 Para una discusión de los debates y abordajes sobre los movimientos sociales, véanse Jorge Juárez Ávila, “Movimientos sociales y neoliberalismo en El Salvador”, *Diálogos: Revista electrónica de historia* (Costa Rica) 8, n. 1 (2007); Josep Pont Vidal, “La investigación de los movimientos sociales desde la sociología y la ciencia política. Una propuesta de aproximación teórica”, *Papers* (España) 56 (1998); Leonardo Cancino Pérez, “Aportes a la noción de imaginario social para el estudio de los movimientos sociales”, *Polis. Revista Latinoamericana* (Chile) 28 (2011); y Marcela Alejandra Parra, “La construcción de los movimientos sociales como sujetos de estudio en América Latina”, *Athenea Digital* (España) 8 (2005).

disputas, la rigidez o flexibilidad de las estructuras de poder y los mecanismos de procesamiento del conflicto de que se dispone.

La cantidad y diversidad de estudios sobre un movimiento indica su trascendencia y el impacto que este ha tenido en la memoria colectiva. Un mismo hecho puede ser interpretado de maneras muy distintas, dependiendo de quiénes escriban sobre él, del contexto en que lo hagan, de las fuentes con que cuenten y de las filiaciones político-ideológicas que tengan. De estos problemas trata el análisis historiográfico; a menudo los conflictos del pasado reencarnan en la historia que se escribe, para dar argumentos en las luchas del momento en el cual están inmersos los estudiosos; con lo cual se corre el riesgo de que historia y memoria se confundan. La independencia, las rebeliones indígenas del siglo XIX -especialmente, la de Anastasio Aquino-, y el levantamiento de 1932, son hitos importantes en la historia republicana salvadoreña. Pero igualmente han sido objeto de fuertes controversias, en tanto que su interpretación ha estado condicionada a las agendas y visiones políticas del momento en que se escribe sobre ellos.

Los próceres, la independencia y el pueblo ausente

Establecer el origen del proceso independentista y los actores sociales involucrados en él ha sido una parte importante de la agenda de los estudios históricos. La historiografía liberal resolvió este problema sin mayores complicaciones. Encontró el origen de la independencia en los ideales de libertad, republicanismo y democracia que el liberalismo ilustrado puso en la mente de un selecto grupo de hombres que se echaron sobre sus hombros la tarea de liberar estas tierras del dominio de la monarquía española. En este esfuerzo, los próceres debieron enfrentar el poder despótico de las autoridades reales y “convencer” al pueblo para que se desprendiera del vasallaje al que había estado sometido por casi tres siglos. Este proceso duró una década y se resolvió con la declaración de independencia del 21 de septiembre de 1821.

Para darle coherencia a esta visión es necesario hacer algunas concesiones previas. En primer lugar, ver diferentes eventos como parte de un proceso más amplio que desembocaría en la declaratoria de independencia; conceder a los próceres una claridad de miras y objetivos que no tuvieron en su momento; y entender al pueblo como una masa amorfa y sin voluntad propia que actúa no tanto como protagonista, sino como telón de fondo para los actores principales que serían los próceres; es decir, que acompaña cuando es preciso, pero sin tener mayor claridad sobre las causas y los objetivos de la lucha.

Estas primeras interpretaciones del proceso independentista se divulgan por medio de las primeras historias nacionales de El Salvador que fueron

publicadas en las dos últimas décadas del siglo XIX, justamente cuando la segunda generación liberal que ascendió al poder en 1871 se había consolidado. Dicho periodo se caracteriza en lo económico por el afianzamiento del café como principal producto de exportación, y en lo político por la consolidación del Estado salvadoreño. Las obras de historia más destacadas del periodo fueron escritas por Rafael Reyes y José Antonio Cevallos; ambos autores se identificaban plenamente con el ideario liberal-positivista.³ Puede afirmarse que ambos autores son los fundadores del canon liberal de la historia salvadoreña y tuvieron una amplia influencia en obras muy posteriores.⁴ Por lo tanto, es pertinente analizar cómo abordan Reyes y Cevallos los hechos de 1811 y 1821.

La narrativa de Reyes y la interpretación histórica que en ella subyace es sumamente importante porque su libro tuvo una amplia difusión, al grado que para 1920 tenía tres ediciones; además de una versión que se usaba en las escuelas.⁵ Reyes es muy cauteloso al tratar los hechos de 1811, es evidente que la información con que cuenta no le da mayores elementos para proyectar una visión heroica del movimiento que *a posteriori* se dio en llamar el “Primer grito de independencia”, ni para visualizar claras intenciones independentistas. Cuando se refiere a los objetivos que los líderes del movimiento pudieron tener, usa una forma verbal condicional; mientras que cuando habla de hechos consumados usa el pretérito.

“Estalló en San Salvador el 5 de noviembre de 1811, un movimiento insurreccional [...] Los cabecillas de ese movimiento se proponían apoderarse de tres mil fusiles nuevos que existían en la sala de armas y de más de doscientos mil pesos pertenecientes al tesoro real [...] desconocerían la autoridad del intendente de la provincia, Antonio Gutiérrez de Ulloa, fundarían una Junta Popular de Gobierno y procurarían hacer extensivo el movimiento a los demás puntos de la provincia”.⁶

Que Reyes, por demás un hombre culto y escritor consumado, escogiese la forma verbal condicional sugiere que no quería arriesgarse a hacer una afirmación rotunda sobre los objetivos que los insurrectos persiguieron. Por lo tanto, lo dice de una manera en la cual se percibe un distanciamiento y cierto grado de prudencia, cuando no de escepticismo. Reyes no entra en detalles sobre los sucesos y pasa la

3 Esta visión es perceptible en Reyes, pero se destaca mucho más en José Antonio Cevallos. Véanse Rafael Reyes, *Nociones de historia del Salvador* (San Salvador, El Salvador: Imprenta del Doctor Francisco Sagrini, 1885); y José Antonio Cevallos, *Recuerdos salvadoreños. Volumen II* (San Salvador, El Salvador: Imprenta Nacional, 1891).

4 Los cánones historiográficos se entienden como “modelos que interpretan el pasado e impulsan a una nación hacia el futuro, armonizando una síntesis original de un momento de la historia”. Véase Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana* (México, D.F.: Taurus, 2004), 15-17.

5 Rafael Reyes, *Lecciones de historia de El Salvador* (s.l.: s.e., 1892).

6 Reyes, *Nociones de historia del Salvador*, 350.

página rápidamente, “los cabecillas de aquel movimiento comenzarían a desalentarse y la insurrección degeneró en grupos que recorrían las calles sin objeto alguno”.⁷

Diferente es la actitud de José Antonio Cevallos en *Recuerdos salvadoreños*, publicado en 1891. Cevallos individualiza a los promotores, señalando que sus intenciones eran declarar la independencia. Ese objetivo fracasó porque las autoridades españolas tuvieron conocimiento de la conspiración.

“[...] y aconteció que sin un plan combinado acertadamente; los sacerdotes patriotas doctor José Matías Delgado, don Nicolás, don Vicente y don Manuel Aguilar, acompañados de don Manuel José Arce, don Juan Manuel Rodríguez, y otros muchos disidentes, caudillos del pueblo, resolvieron apoderarse de tres mil fusiles que se hallaban almacenados, y de cerca de trescientos mil pesos que existían en las cajas reales [...] Con esos recursos creían sostener la independencia que inmediatamente debía proclamarse”.⁸

Cevallos establece una motivación claramente independentista, pero no profundiza en ella; reconoce que el plan de los insurrectos era improvisado y no contó con mayor apoyo entre la población.

Rafael Reyes se muestra cauteloso, cuando no escéptico, sobre el movimiento de 1811; Cevallos señala intenciones independentistas, pero no aporta evidencias; más bien destaca la improvisación con que actúan los conspiradores, la falta de apoyo popular y el papel del clero a favor de los intereses reales. De manera parecida proceden cuando hablan de la declaración de independencia: destacan el significado del hecho, el papel jugado por los próceres y el contento popular. No más. Si las dos primeras “historias nacionales” son tan escuetas con respecto a la participación popular en las luchas independentistas, ¿De dónde surge entonces la imagen de un movimiento popular conocido como el “Primer grito de independencia” y que con tanto entusiasmo se celebró en 1911?, igualmente, ¿de dónde surge esa visión de la independencia que si bien se destaca el papel de los próceres, también habla de una movilización popular?

En realidad este es un mito de la historia, o mejor dicho, una “tradicción inventada” que comenzó a formularse en los años previos a 1911⁹ y que tomó fuerza al encontrar un grupo de intelectuales que no solo elaboró una narrativa

7 *Ibid.*, 350.

8 Cevallos, *Recuerdos salvadoreños. Volumen II*, 21.

9 A finales de la primera década del siglo XX, en El Salvador cobró inusitada fuerza la preocupación por lo nacional, tanto en las esferas oficiales como en la sociedad misma. Muestra de ello fue la consagración de Gerardo Barrios como héroe nacional, que tuvo su apoteosis en la inauguración del monumento en el entonces llamado Parque Bolívar. Esta tendencia continuó y se fortaleció en las dos décadas posteriores. Véase Carlos Gregorio López Bernal, *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas: el imaginario nacional de la época liberal en El Salvador (1876-1932)* (San Salvador, El Salvador: Editorial Universitaria, 2007).

histórica, sino que lideró todo un proyecto cívico-festivo, que se concretó en una intensa semana de celebraciones en las que se develaron importantes monumentos cívicos que se convirtieron desde entonces en “lugares de memoria” que congregan a los salvadoreños para conmemorar sus memorias y, por ende, fortalecer su historia e identidad.¹⁰

Antes de 1911, no es posible encontrar interpretaciones que apunten claramente a individualizar protagonistas, mucho menos que hablen de los hechos de 1811 como una movilización popular conducida por aquellos. Son los historiadores que escriben en el marco de esa conmemoración los que dan el principal protagonismo a José Matías Delgado, pero dejando espacio a otros próceres y en ocasiones incorporando al “pueblo”, sino como protagonista de primer orden, al menos como parte acompañante.

La narrativa del centenario es esencialmente “sansalvadoreña”, se concentra en los hechos acaecidos en San Salvador, en los próceres -en su orden, Delgado, Arce y los hermanos Aguilar- y sobre todo en la improbable “acción-símbolo” del repique de las campanas de la Iglesia de la Merced, supuestamente ejecutado por el cura Delgado, mito que se repite hasta nuestros días sin que sea posible su probanza. Requisito innecesario, pues bien es sabido que un mito comprobado por la historia pierde sentido. Pero lo mismo sucederá con la independencia propiamente dicha; el protagonismo se le da a San Salvador y a su elite citadina. El “pueblo” a lo sumo es comparsa de fondo, sin más opciones que congratularse por los bienes libertarios que recibe.

Es decir, se tiene a un pueblo carente de iniciativa y sometido al influjo de los notables de la ciudad, así lo deja ver Manuel Valladares cuando afirma: “Delgado fue fácilmente el ídolo de su pueblo y obtuvo la más incontestable popularidad. Así fue como, al estallar la revolución inmortal del 5 de noviembre de 1811, *las muchedumbres le siguieron sin vacilación y todos abrazaron, como buena, la causa patrocinada y movida por tan eminente personaje*”.¹¹ Víctor Jerez es un poco más condescendiente: “El pueblo sansalvadoreño, con inmenso heroísmo, cerró el período colonial al llamamiento

10 Véase Pierre Nora, *Les lieux de mémoire. Volumen I* (Paris, Francia: Éditions Gallimard, 1997). Para un estudio en detalle de la celebración del centenario del “Primer grito de independencia” y su significado en la historiografía salvadoreña, véase el capítulo tres de Carlos Gregorio López Bernal, *Mármoles, clarines y bronces. Fiestas cívico-religiosas en El Salvador, siglos XIX y XX* (San Salvador, El Salvador: Editorial Universidad Don Bosco- SECULTURA, 2011).

11 Valladares, *El álbum del centenario* (San Salvador, El Salvador: Imprenta Nacional, 1912), 83. El énfasis es mío.

del Padre Delgado, que desde aquel campanario saludó con alborozo el nacimiento de la Patria”.¹²

La *Revista Próceres*, El álbum del centenario y la producción historiográfica de los años siguientes, constituyeron una especie de canon historiográfico que ligaba los movimientos de 1811 y 1814 con la declaración de independencia en 1821, la lucha antianexionista y la reconfiguración de fuerzas posteriores al fracaso del proyecto imperial mexicano y la instalación de la Asamblea Constituyente.¹³ El mayor mérito de esta tendencia no es el rigor histórico, sino la construcción de una narrativa que pone en primer plano a los próceres salvadoreños, perfilando como figura cimera a José Matías Delgado, pero dejando suficiente espacio para construir un panteón de próceres, cuyo conjunto fue inmortalizado en el Monumento a los próceres inaugurado en 1911. En cualquier caso, esta tendencia historiográfica no se mostró particularmente interesada en establecer si hubo una movilización popular; su visión de la historia tendía a dar por sentado que un proceso tal solo podía ser impulsado por una elite ilustrada. En el mejor de los casos, el pueblo acompañaría a los próceres y se regocijaría en la libertad. Entonces, ¿por qué el interés por hacer una revisión historiográfica de la independencia desde una perspectiva de movimientos sociales? Porque hay otra tendencia historiográfica, construida desde la izquierda salvadoreña, que cuestionó la interpretación liberal y construyó una visión alternativa.

El “pueblo” y las luchas por la independencia: la interpretación de izquierda

El canon historiográfico liberal dominó hasta las décadas de 1960 y 1970, cuando fue fuertemente cuestionado por historiadores e intelectuales de izquierda que impelidos por sus ideales revolucionarios, recurrieron a la historia en

12 Víctor Jerez, “Elogio histórico del Padre Delgado”, en: *Próceres: documentos y datos históricos*, (ed.) Rafael V. Castro (San Salvador, El Salvador: Tipografía La Unión, 1911), 91. Aunque marginal, debe señalarse que en esos mismos años hubo una visión crítica a ese discurso por parte de algunos miembros del *Ateneo* de El Salvador, véase Rafael Lara Martínez, *El bicentenario. Un enfoque alternativo* (San Salvador, El Salvador: Editorial Universidad Don Bosco, 2011).

13 Entre los historiadores que construyen esta interpretación se destacan: Víctor Jerez, “El General don Manuel José Arce”, en: *El álbum del centenario* (1912); Víctor Jerez, “Elogio histórico del Padre Delgado”; Pedro Arce y Rubio, “Don Manuel José Arce”, *La Universidad* (El Salvador) 8, n. 9 (1911); Pedro Arce y Rubio, “Los Padres Aguilares”, en: *Próceres: documentos y datos históricos*, (ed.) Rafael V. Castro (San Salvador, El Salvador: Tipografía La Unión, 1911); y Francisco Gavidia, “El Padre Delgado: boceto biográfico”, *La Universidad* (El Salvador) 8, n. 9 (noviembre de 1911); Francisco Gavidia, *Historia moderna de El Salvador* (San Salvador, El Salvador: Ministerio de Cultura, 1958). Vale recordar que esta última se publicó por primera vez en 1917.

búsqueda de explicaciones alternativas sobre la conformación de la sociedad salvadoreña y de argumentos y ejemplos para la lucha que estaban iniciando.¹⁴

En noviembre de 1964, en el marco de una mesa redonda realizada en la Universidad de El Salvador, Alejandro Dagoberto Marroquín señalaba la polémica periodística que su reciente interpretación de la independencia había provocado:

“[...] una proliferación notable de patriotas que ha surgido en la defensa de determinadas personalidades, próceres de nuestra historia, según los cuales eran ofendidos en el folleto [sic] y se atentaba en contra de la dignidad de la patria y de la nación”.¹⁵

La reacción contra Marroquín tenía dos causas; la primera, él hacía un cuestionamiento de índole teórico metodológico que ponía en duda la manera cómo hasta entonces se había escrito la historia en El Salvador. Para Marroquín, era necesario superar la narrativa convencional que se limitaba a narrar sin interpretar y que a menudo recurría en demasía “al pensamiento imaginativo y casi poético”, lo cual atribuía en parte a la escasez de fuentes documentales. “Cuando hay ausencia de fuentes, entonces la imaginación creadora del autor suple inventando”. Pone de ejemplo una imaginativa narración de Manuel Valladares sobre el “repique de campanas” supuestamente ejecutado por José Matías Delgado en 1811. Su irónica alusión se podía extender fácilmente a otros autores, por ejemplo, Francisco Gavidia. Marroquín añade en su crítica el culto a la personalidad que enalteciendo a los “grandes hombres” margina al “sujeto colectivo”; por eso pugnaba por aplicar a la historia el “método científico”, que según él eliminaba el influjo de las emociones, las pasiones y el fanatismo, sobreponiéndoles la razón y la comprobación del dato.

La segunda causa de rechazo estaba relacionada no tanto con la investigación, sino con la interpretación. Visto a la distancia el problema puede hoy parecer intrascendente; en su momento no lo fue. Marroquín había cambiado el enfoque analítico del proceso de independencia. En vez de centrarse en los próceres y en sus ideales de libertad, fraternidad y republicanismo, como hasta entonces se había hecho, lo abordó desde la lucha de clases y los intereses económicos subyacentes en la élite provincial sansalvadoreña. Además, señalaba que en el proceso hubo

14 Véanse Mario Vázquez Olivera, ““País mío no existes””. Apuntes sobre Roque Dalton y la historiografía en El Salvador”, *Revista Humanidades* (El Salvador) 2 (2003); y Carlos Gregorio López Bernal, “Lecturas desde la derecha y la izquierda sobre el levantamiento de 1932: Implicaciones político-culturales”, en: *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador* (eds.) Erik Ching, Carlos Gregorio López Bernal y Virginia Tilley (San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 2007).

15 Alejandro Dagoberto Marroquín, “Primeros movimientos independentistas en El Salvador”, *Cuadernos de Ciencias Sociales* (El Salvador) 2, n. 4 (2011): 28. El texto fue transcrito de una grabación magnetofónica por José Humberto Velásquez y publicado en 1979.

otros actores e intereses -mestizos e indígenas- que fueron subordinados por los criollos. En suma, los ideales libertarios de los próceres dejaban de ser “el motor de la historia independentista” y cedían el espacio a los intereses de clase, expresados en repetidas movilizaciones sociales.¹⁶ En consecuencia, los próceres se convertían en simples actores sociales que actuaban movidos por sus intereses. La independencia pasaba a ser una cuestión de cálculo económico y político.¹⁷

Fiel a sus propuestas de análisis social, Marroquín inicia estudiando los antecedentes del proceso independentista, cuyas raíces encuentra en los antagonismos sociales del periodo colonial. En otro periodo esos conflictos se expresarían bajo la modalidad de lucha de clases, pero según Marroquín, en la colonia las clases sociales “se presentan ocultas las formas de categorías étnicas [...] los estratos sociales que se manifiestan en ella corresponden no solamente a las desigualdades de origen económico, sino también a desigualdades originadas por el abolengo y la nacionalidad”.¹⁸ En el proceso independentista cada uno de estos grupos “descubre” sus intereses y actúa en consecuencia.

Esta visión bastante esquemática de la relación entre clase e ideología le permite a Marroquín explicar actuaciones posteriores. De los cinco estratos sociales, le interesan principalmente dos: criollos y mestizos. Los primeros, preocupados por mantener el orden social y político vigente, mediante un régimen monárquico-constitucional, apenas llegan a “reformistas”; solo se deciden por la independencia cuando sostener la monarquía ya era inviable, pero moderan los cambios de tal modo que se garanticen sus intereses y privilegios de clase. Los

16 Alejandro Dagoberto Marroquín, *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña* (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2000). La primera edición es de 1964.

17 El tema de los intereses económicos de los próceres se volvió central en los argumentos de los intelectuales de izquierda. En su *El Salvador. Monografía*, Roque Dalton elaboró un cuadro que muestra las haciendas de los próceres, el cual ha sido reproducido profusamente por sus epígonos. Véase Equipo Maíz, *Historia de El Salvador: de cómo los guanacos no sucumbieron a los infames ultrajes de españoles, criollos, gringos y otras plagas* (San Salvador, El Salvador: Equipo de Educación Maíz, 1995), 50. Este folleto, ilustrado con caricaturas, se fundamenta mucho en Dalton y contiene un cuadro en que apunta las propiedades de Matías Delgado, Manuel José Arce, José Simeón Cañas, Juan José Villacorta e Isidro Menéndez. Al pie se lee: “En total las haciendas de los próceres sumaban 22.336 manzanas. Como se ve, no padecían mucha necesidad estos señores; el pueblo, sin embargo, no tenía ni para bien morir”. La versión de Dalton está en caballerías y sumaban 349, que multiplicadas por 64, dan la misma cantidad en manzanas. Véase Roque Dalton, *El Salvador. Monografía* (San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 1989), 40.

18 Marroquín, *Apreciación sociológica...*, 21-29. Tan compleja era esa estructura social que Marroquín se ve obligado a presentar cinco estratos sociales: peninsulares, criollos, ladinos o mestizos, mulatos e indios. Subdivide, además, los tres primeros; los peninsulares en cinco “nuevas categorías sociales de menor amplitud”; los criollos en cuatro, y los ladinos en cuatro. No subdivide a los mulatos, porque considera que su número es ínfimo, ni a los indios por su homogeneidad racial y cultural. Una irreverente parodia de esta estructura social a partir de los prejuicios que cada grupo tenía sobre los otros fue hecha por Roque Dalton en “La clase obrera y el cura José Matías”. Roque Dalton, *Las historias prohibidas del pulgarcito* (México, D.F.: Siglo XXI, 1974).

mestizos, que no tienen mucho que perder pero sí que ganar, son “revolucionarios” y abogan por la independencia absoluta; su radicalismo es anulado por los criollos pero seguirá latente, con lo cual se perfila el conflicto entre “liberales y conservadores”, que marcará las primeras décadas de vida independiente.

El estudio del proceso de independencia de Marroquín parte de 1811, pero su interpretación es muy diferente a la liberal. En primer lugar, plantea no un levantamiento, sino una serie de movilizaciones que a lo largo de dos meses abarcan una buena parte de la provincia, “Al norte y al sur, en oriente y occidente, la rebeldía estalla contra los chapetones”, aunque el movimiento más fuerte se da en San Salvador.¹⁹ Además, según Marroquín, José Matías Delgado, Manuel José Arce, Domingo Antonio de Lara y otros próceres, no hacen más que disuadir la radicalidad de las masas sublevadas, “El P. Vicario, Dr. José Matías Delgado, y el alcalde recién nombrado hacen uso de todo su prestigio y autoridad para lograr la pacificación de las masas, predicándoles que depositen toda su confianza en los ‘españoles americanos’, los cuales sí atenderán las demandas populares”.²⁰

Similar es el abordaje que hace Roque Dalton en la *El Salvador. Monografía*; plantea que hubo “una copiosa sucesión de levantamientos populares contra la dominación colonial” y que “el papel del cura Delgado, de Arce y de los demás conocidos próceres fue, por el contrario, de apaciguamiento y mediación”.²¹ La coincidencia entre Marroquín y Dalton es tal que usan casi las mismas palabras; tal situación podría explicarse porque ambos habían estudiado un documento publicado por el Partido Comunista Salvadoreño en diciembre de 1962, al cual Dalton cita profusamente, “debido a la justeza de su enfoque histórico”.²²

La actitud timorata de los próceres frente a las masas aparecerá de nuevo en 1814, cuando boicotean al bando más radical dirigido por el alcalde segundo de San Salvador, Pedro Pablo Castillo, que:

“[...] se opone a las proposiciones claudicantes de los criollos y, consciente del poderío incontrastable de un pueblo unido y dispuesto a luchar hasta la muerte, decide que no se presenten súplicas ni tímidos memoriales al intendente, sino que se plantee un ultimátum virtual, que se libere a los presos políticos; que se desarmen los voluntarios, y, para mayor garantía, que las armas sean entregadas al Ayuntamiento”.²³

Dalton, al igual que Marroquín, plantea que los próceres integraron una comisión de notables que “dieron principio a una labor de ablandamiento,

19 Marroquín, *Apreciación sociológica...*, 68.

20 *Ibid.*, 70.

21 Dalton, *El Salvador. Monografía*, 41.

22 La verdad, 2ª época, No 2, 1962. *Ibid.*, 41 y 45.

23 Marroquín, *Apreciación sociológica...*, 76.

argumentando a los rebeldes que con toda seguridad serían aplastados por el enemigo e instándolos a abandonar sus puestos de combate”.²⁴ Curiosamente, ese pueblo unido y dispuesto a la lucha, es fácilmente apaciguado por una comisión de notables, y abandona a Castillo, quien debe salir al exilio protegido por los hermanos Aguilar.

Para Marroquín, en 1811 los criollos, temerosos de la radicalización de las masas, descubrieron su “obra maestra de estrategia política”, fingir apoyar a los insurrectos, pero incitándolos a la moderación, mientras que negociaban con las autoridades españolas. Lo mismo hicieron en 1821. A la larga también capitalizaron la gloria de las luchas independentistas, “sepultando en el olvido a los millares de seres anónimos, ladinos e indios, que fueron realmente los motores de la insurrección”.²⁵

Es claro que los criollos no estaban muy interesados en la independencia, su mayor preocupación era contener el radicalismo de las masas populares, cuyas movilizaciones abarcaban pueblos más allá de San Salvador. La independencia mexicana y el “Plan de Iguala” les dio una salida y el modelo a seguir en el Reyno de Guatemala. Se declara la independencia, sin afectar los intereses de la Iglesia Católica, no se toca a los peninsulares y se garantiza la seguridad de personas y propiedades. Además, se establecía, no un gobierno republicano, sino una monarquía constitucional. Una declaratoria de independencia en tales términos era aceptable para los criollos. “Y entonces se produce el raro espectáculo de una unanimidad política: los criollos salvadoreños junto a los nobletes de Guatemala... Todos convergían en un solo punto: la independencia de España”.²⁶ Cálculo y sentido de oportunidad, más que ideales libertarios. Había razones de sobra para que la obra de Marroquín fuera duramente criticada cuando fue publicada.

No obstante lo novedoso y radical de su interpretación, Marroquín y los otros intelectuales de izquierda que lo seguirán también coinciden en varios aspectos con la historiografía liberal. Para Marroquín, y para los liberales que lo anteceden, el proceso independentista arranca el 5 de noviembre de 1811 y culmina el 15 de septiembre de 1821. La independencia es el punto de partida no solo de la construcción del Estado nacional, sino de la identidad salvadoreña. Pero a diferencia de los historiadores liberales que se mostraban bastante satisfechos con los logros alcanzados en la vida republicana, para los intelectuales de izquierda, la independencia no podía resolver las contradicciones económicas y sociales, porque no respondió a los intereses de los “sectores populares”. El

24 Dalton, *El Salvador: Monografía*, 44.

25 Marroquín, *Apreciación sociológica...*, 68.

26 *Ibid.*, 82.

nuevo orden político y el desarrollo del capitalismo terminarían agravando las condiciones de explotación y marginación de indios y campesinos, con lo cual se iniciaba un nuevo ciclo de luchas, ya no contra los españoles, sino contra los criollos y mestizos que se adueñaron del poder estatal.

La interpretación de la historiografía de izquierda sobre la independencia se puede resumir en una lapidaria afirmación: “La independencia la consiguió el pueblo y la gozaron los criollos”,²⁷ por lo tanto, había razones para que la rebelión popular emergiera de nuevo. Así lo entendió Jorge Arias Gómez al decir: “La revolución de Independencia fue un cambio de hombre en el Poder, mientras las inmensas masas de la población eran rechazadas con menosprecio, odio o miedo, porque éstas intuían la verdadera solución de sus necesidades, veían, aunque tenuemente, quizás, los reflejos de un nuevo día, las posibilidades de modificar sustancialmente sus condiciones de vida y trabajo”.²⁸

En resumen, la historiografía de izquierda salvadoreña sobre la independencia se distingue por los siguientes rasgos: 1) desplaza el factor causal de los ideales de los próceres a sus intereses de clase; 2) destaca el radicalismo de las masas populares -sin ofrecer mucha evidencia al respecto-, señala, por el contrario, que en los eventos de 1811 y 1814 los próceres no acompañaron al pueblo y más bien lo apaciguaron; 3) considera que la declaración de independencia fue un acuerdo entre notables en el que no se consideraron los intereses del pueblo; por el contrario, la independencia se declara en prevención de una mayor radicalización popular.

No obstante, al igual que los liberales, los intelectuales de izquierda ven a la independencia como un evento fundamental de la historia nacional, el cual comienza en 1811 y culmina en 1821. Aunque muestran muchas reservas al respecto, en cierto modo terminan reconociendo el papel protagónico que jugaron los próceres en el proceso, pero insisten en agregar a las “masas populares” y al alcalde segundo de San Salvador, Pedro Pablo Castillo.²⁹ La diferencia fundamental está más bien en quiénes fueron los beneficiados con la independencia. Para los liberales es el pueblo como un todo, para los marxistas es la elite criolla. Es más, Jorge Arias Gómez dirá que las condiciones de vida de los indígenas empeoraron y ello explicaría el levantamiento de Anastasio Aquino en 1832.

27 Equipo Maíz, 50.

28 Jorge Arias Gómez, “Anastasio Aquino, Recuerdo, Valoración y Presencia”, *La Universidad* (El Salvador) 1-2 (1964): 72.

29 Esta tarea no dio frutos; Pedro Pablo Castillo sigue siendo marginal en la historia independentista. El mismo Dalton tuvo que reconocer a Delgado como la figura principal, pero obviamente no se sentía muy cómodo en ello. “No nos oponemos pues, a considerar al Curita, como Padre de la Patria –hay que decir también que la hija no está como para andar presumiendo–”. Dalton, *Las historias prohibidas del pulgarcito*.

La historiografía liberal se interesó en los “grandes hombres” que construyen el Estado, sobre todo en el siglo XIX; la de la izquierda se empeñó en destacar las luchas populares contra la explotación y la búsqueda de la libertad y, además, en construir un panteón de héroes populares contrapuesto al oficial, esfuerzo que trasciende el siglo XIX y se prolonga al XX. Mientras que para los liberales, El Salvador parece haber llegado a su mejor momento de desarrollo en las primeras dos décadas del siglo XX³⁰ -a tal punto que poco tienen que decir de allí en adelante-, para los intelectuales de izquierda, el tema de las luchas populares les provee de una línea de continuidad interesante, prometedora y políticamente muy redituable. Para ellos era imprescindible construir desde la historia la imagen de un pueblo consciente de sus intereses y necesidades, decidido a luchar por ellos en cualquier momento; las luchas independentistas podían ser un buen referente histórico, sobre todo porque el orden social y político republicano era heredero directo del proyecto independentista.

Las movilizaciones indígenas, siglos XIX y XX

La historiografía liberal salvadoreña dio más protagonismo a las elites blancas y a los mestizos. No ignoró a los indígenas, pero su visión estuvo muy condicionada por prejuicios raciales e ideológicos. Y es que para los liberales finiseculares, el indígena fue un problema difícil de abordar. Por un lado, eran conscientes de que el país no podía adelantar mucho sin incorporar plenamente al indio en la nación que estaban construyendo; por otro, reconocían que el indio era más rentable como mano de obra barata para la agricultura y lo difícil que era superar los recelos y resentimientos que siglos de dominación habían engendrado en los indios y que la vida republicana había exacerbado. Formados en una matriz de pensamiento ilustrada, liberal y visos positivistas, terminaban aceptando una verdad conveniente: los indígenas eran el pasado; ellos el futuro.³¹

En general, la historiografía liberal presenta a los indígenas como actores secundarios y circunstanciales que servían de telón de fondo o comparsa de la épica republicana. Cuando la magnitud de un evento era tal que estos aparecían como actores de primera fila, se desvirtuaba presentándolos como producto de la manipulación del llamado “partido servil” o del clero, pero sobre todo como obcecados por el odio hacia el blanco y el ladino, que es la manera como procedió José Antonio Cevallos frente al levantamiento de los nonualcos en 1832 liderado

30 Véase López Bernal, *Mármoles, clarines y bronces...*, 70-72.

31 Para una discusión al respecto, véase Carlos Gregorio López Bernal, “El pensamiento de los intelectuales liberales salvadoreños sobre el indígena a finales del siglo XIX”, en: *Las figuras del enemigo: Alteridad y conflictos en Centroamérica*, (ed.) Benjamín Moallic (San Salvador, El Salvador: Dirección Nacional de Investigaciones en Arte y Cultura, SECULTURA- Universidad Evangélica de El Salvador, 2012).

por Anastasio Aquino. Cevallos describe así la toma de la ciudad de San Vicente por los rebeldes: “Dos mil descomunales salvajes se desparraman por todo el recinto, descerrejando puertas y ventanas se apoderan de todo cuanto encuentran en las casas, sin que sirviera de obstáculo la presencia de sus dueños, a quienes llenaban de ultrajes y amenazaban con la muerte”.³² Para Cevallos, los insurrectos tenían dos objetivos: el pillaje y el asesinato.

Parecidos juicios emite Rafael Reyes en su obra *Nociones de historia de El Salvador*, quien señala que “La sublevación de Aquino, aunque impulsada secretamente por los enemigos del jefe de Estado, tendía a hacer desaparecer la raza blanca o ladina, la persecución de Aquino contra todo elemento regularizado de la sociedad no conoció límites”.³³ Y aunque algunos concedían que hacía falta educar al indio, insistían en verlo negativamente. “Esos pueblos indígenas que han aprendido a vestirse y a hablar el español, que han arrojado el maistate y la argolla de cuero que les ciñera la frente; pero que no saben leer y escribir, hicieron en no remotos años la guerra de razas, poniendo a su cabeza al indio Aquino y al indio Petronilo, y son y serán siempre en la República el mejor sostén de los Gobiernos Reaccionarios”.³⁴

Esta fue la tónica historiográfica hasta el aparecimiento de los trabajos de Julio Alberto Domínguez y Jorge Arias Gómez en la primera mitad de la década de 1960, que rompieron con la interpretación liberal. Domínguez considera que para entender este levantamiento debe hacerse un estudio que incluya los antecedentes coloniales, la experiencia independentista y federal salvadoreña y las condiciones propias de la región de los nonualcos. Es decir, trata de ver el hecho en un contexto social, un enfoque parecido al de Arias, pero sin llegar a una interpretación tan radical como la de este.³⁵

Historiográficamente, resulta mucho más interesante el trabajo de Arias porque es un claro ejemplo de cómo un historiador que escribe desde cierta perspectiva y marco teórico puede llegar a interpretaciones muy diferentes a las convencionales, a pesar de usar prácticamente las mismas fuentes que otros.³⁶ Arias

32 José Antonio Cevallos, *Recuerdos salvadoreños. Volumen I* (San Salvador, El Salvador: Imprenta Nacional, 1891), 239.

33 Rafael Reyes, *Nociones de historia de El Salvador* (San Salvador, El Salvador: Imprenta R. Reyes, 1920), 76.

34 Francisco Esteban Galindo, *Elementos de pedagogía* (San Salvador, El Salvador: Imprenta Nacional, 1887), 52.

35 Julio Alberto Domínguez Sosa, *Ensayo histórico sobre las tribus nonualcas y su caudillo Anastasio Aquino* (San Salvador, El Salvador: Dirección General de Publicaciones, Ministerio de Educación, 1964).

36 Arias Gómez era parte de un grupo de intelectuales ligados al Partido Comunista de El Salvador a los cuales el partido encomendó realizar estudios históricos desde una perspectiva marxista, para usarlos como material de divulgación y reflexión política con la militancia. Para un estudio sobre cómo se llevó a cabo este proceso, véase Vázquez Olivera, “País mío no existes”...

tenía un objetivo muy claro al escribir sobre Aquino: reivindicar en la figura del indio nonualco a todos los indígenas y campesinos salvadoreños que habían sido explotados y reprimidos por las clases dominantes. Tal objetivo lo obligaba a cuestionar tajantemente la visión liberal; es por eso que planteó: “Aquino no fue un criminal, ni una fiera monstruosa surgida del averno. Fue un hombre de carne y hueso, producto típico de su tiempo; que se erigió en paladín de una causa noble y justa”.³⁷ En realidad, Arias fue más allá: contribuyó a formar un panteón de “héroes populares” que la izquierda contrapuso a los próceres y héroes de la historia convencional; a este esfuerzo contribuyeron también Matilde Elena López, Roque Dalton y otros.³⁸

Como buen marxista, Arias parte del análisis de las condiciones socioeconómicas en que se da el levantamiento, “Al indio Aquino necesita ubicarse, en primer término, en la sociedad en que vivió, y del análisis de esta sociedad, inferir los móviles que existieron para que las tribus indígenas se rebelaran”; más que narrar los hechos le interesa explicar las causas del levantamiento y de su fracaso, las cuales explica en la línea de existencia o inexistencia de las condiciones objetivas y subjetivas que señalaba la teoría marxista-leninista.³⁹ En todo caso, lo importante es que las causas del levantamiento de 1833 no solo no desaparecieron, sino que empeoraron -como según él lo demostró el levantamiento de 1932-, es más, seguían presentes en el momento en que el autor escribía.

Para Arias, escribir la historia de Aquino ayudaría a entender los problemas del presente: “Finalizamos nuestra exposición vinculando la figura de Aquino con la raíz de su movimiento, o sea el problema de las condiciones de vida y trabajo de las masas campesinas, al momento que vive El Salvador en su totalidad social, económica y política”.⁴⁰ Es claro que Arias escribía sobre Aquino pensando en otros movimientos sociales -por ejemplo, 1932, del cual hace numerosas alusiones- e incluso en las luchas contemporáneas en las cuales estaba involucrado.⁴¹

Los trabajos de Arias Gómez y los de otros que siguieron su línea permitieron que Aquino se convirtiera en el indígena decimonónico más conocido,

37 Arias Gómez, “Anastasio Aquino, Recuerdo, Valoración y Presencia”, 89.

38 Matilde Elena López, *La balada de Anastasio Aquino* (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, 1978); Roque Dalton, *No pronuncies mi nombre. Poesía completa I* (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2005). Especialmente sugerentes son los poemas de Roque dedicados a Aquino.

39 Arias Gómez, “Anastasio Aquino, Recuerdo, Valoración y Presencia”, 63-64.

40 *Ibid.*, 65.

41 Para una crítica a la interpretación de Arias Gómez, véase Carlos Gregorio López Bernal, “El levantamiento de los indios nonualcos en 1832. Hacia una nueva interpretación”, *Hacer historia en El Salvador: Revista electrónica de estudios históricos* (El Salvador) 1 (2008): 23.

quizá solo comparado con los caciques que murieron en la revuelta de 1932. Lastimosamente, Aquino opacó a muchas otras movilizaciones indígenas que ocurrieron a lo largo del siglo XIX de las cuales apenas se comienza a conocer. Entre 1841 y 1871 se registraron 13 revueltas indígenas que tuvieron como centros las regiones de Izalco, Nonualco y Cojutepeque. Algunas de ellas obligaron al gobierno a movilizar fuertes contingentes militares para controlarlas.⁴² Es pertinente, entonces, proceder a su estudio a partir de una división regional.

Las comunidades indígenas del occidente, conocidas como los “Izalcos”, participaron en numerosas movilizaciones de alcance nacional o local desde la época federal. Se destacan especialmente los conflictos que se dieron en el último cuarto del siglo XIX, cuando apoyaron a diferentes facciones de la élite o se vieron inmersas en intensas confrontaciones por el acceso a la tierra o al poder local. Su mayor y última movilización se dio en 1932, cuando fueron diezmados por las fuerzas del gobierno y las “guardias cívicas”.

La participación de los izalcos en las campañas de los primeros dos tercios del siglo XIX apenas es mencionada en la historiografía liberal; el sesgo ideológico de esos trabajos dificulta establecer con claridad cuál era la agenda que movía a esos pueblos en sus luchas. El panorama se aclara a medias para el último tercio del siglo XIX; Patricia Alvarenga deja ver que estos pueblos del occidente estuvieron muy involucrados en las luchas contra Rafael Zaldívar, que sufrieron su represión y fueron actores importantes para el triunfo de la revolución menendista de 1885.⁴³ Ya en el siglo XX, los izalcos participaron de las redes de apoyo a los “Meléndez-Quiñónez”; sin dejar de lado el recurso a la violencia, optaron preferentemente por la lucha electoral.⁴⁴ Más conocido, pero no mejor comprendido, es su papel en el levantamiento del 32. Al respecto, las interpretaciones han ido desde las clásicas que los asimilaron a “campesinos comunistas”, como los vieron Arias y Dalton,⁴⁵ pasando por diferentes variantes, hasta llegar a interpretaciones recientes que los muestran con agendas más propias de su condición de pueblos indígenas, pero vinculados, ya no tanto al Partido Comunista

42 Virginia Tilley, *Seeing Indians. A Study of Race, Nation, and Power in El Salvador* (Nuevo México, EE. UU.: University of New Mexico Press, 2005), 124-25.

43 Patricia Alvarenga Venutolo, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador (1880-1932)* (San José, Costa Rica: EDUCA, 1996), capítulo 1. Alvarenga señala matices importantes en las alianzas de los indígenas con la élite rebelde. Al parecer esta tenía más confianza en los indios cojutepeques que en los izalcos; esto porque los últimos habitaban en la región cafetalera occidental y habían sido afectados por la privatización de tierras comunales y ejidales de inicios de la década de 1880.

44 *Ibid.*, capítulo 5. Alvarenga muestra que importantes líderes indígenas de 1932 fueron miembros de las “Ligas Rojas” que apoyaron a los Meléndez-Quiñónez, una familia que detentó la presidencia entre 1913 y 1927, mediante el traspaso del poder entre los hermanos Carlos y Jorge Meléndez con su cuñado Alfonso Quiñónez.

45 Jorge Arias Gómez, *Farabundo Martí* (San José, Costa Rica: EDUCA, 1996); Roque Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (San José, Costa Rica: EDUCA, 1982).

Salvadoreño, sino al Socorro Rojo Internacional, tal como lo sostienen Jeffrey Gould y Aldo Lauria.⁴⁶

Pero los izalcos también vivieron fuertes conflictos internos por la tierra, el poder local, el agua e incluso el culto y tenencia de imágenes religiosas. En esta línea resultan particularmente interesantes los trabajos de Aldo Lauria, por ejemplo un estudio sobre una revuelta en el pueblo de Izalco en 1898.⁴⁷ El 14 de noviembre de ese año, los miembros de la comunidad indígena de Dolores Izalco atacaron el pueblo y asesinaron a Simeón Morán, responsable de la repartición de las tierras comunales del lugar y a varios de sus familiares y lugareños que lo apoyaban.

Tradicionalmente, este evento ha sido puesto como ejemplo de la resistencia indígena al cambio del sistema de tenencia de la tierra impulsado por los gobiernos liberales a partir de 1881. Sin embargo, Lauria demuestra que la confrontación se debió más bien a conflictos internos de la comunidad y aunque el problema de la tierra estuvo presente, la violencia se desató por pugnas entre facciones indígenas locales enemigas, las cuales disputaban el dominio de la tierra afectada por las reformas; pero, además, había otras razones como conflictos políticos y enemistades personales.

Esta revuelta no estuvo del todo desconectada del contexto nacional; para 1880 el Estado salvadoreño tenía la “fuerza” suficiente para imponer las reformas a la tenencia de la tierra, pero no la capacidad operativa -burocracia- para realizarlas. Esto provocó que se delegara en personas de la localidad -alcaldes, municipales y administradores de los comunes- la ejecución de las reformas. Dejar en manos de las autoridades locales la privatización de tierras aumentó la conflictividad en el interior de los pueblos, con el agravante de que los conflictos no involucrarían directamente al gobierno central.⁴⁸

Las disputas entre indígenas y ladinos por el control del poder municipal también fueron una causa de enfrentamientos, como lo muestran los trabajos de Erik Ching y Virginia Tilley para Nahuizalco. En estos casos, la confrontación ladino-indígena no excluía cuestiones económicas y culturales.⁴⁹ Igualmente reveladores son los trabajos de Patricia Alvarenga con respecto a las relaciones

46 Jeffrey Gould y Aldo Lauria Santiago, *1932: Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador* (San Salvador, El Salvador: Ediciones Museo de la Palabra y la Imagen, 2008). Una interesante, pero caótica versión desde la perspectiva de los intelectuales y activistas indígenas actuales es la de Julio Leiva, en que se mezcla la historiografía, la memoria y el mito. Véase, Julio Leiva Masin, *Los izalcos. Testimonio de un indígena* (San Salvador, El Salvador: Editorial Universitaria, 2011).

47 Aldo Lauria Santiago, “Land, Community and Revolt in Late-Nineteenth-Century Indian Izalco, El Salvador”, *Hispanic American Historical Review* (EE. UU.) 79, n. 3 (1999).

48 *Ibid.*, 505.

49 Véanse Erik Ching, Carlos Gregorio López Bernal y Virginia Tilley, *Las masas, la matanza y el martinato...*, 83-91.

entre los indígenas y el gobierno central y local en los años previos y posteriores al levantamiento de 1932. Según Alvarenga, la matanza obligó a una reconstitución de las relaciones entre los indígenas y el gobierno central, a tal punto que estos, aun conociendo la responsabilidad del Estado en la represión de que fueron víctimas, debieron recurrir al presidente y aceptar su “protección”, para enfrentar los abusos de terratenientes y gobiernos municipales. Este estudio deja claro que en 1932 los indígenas perdieron su capacidad organizativa y de movilización; es más, los pocos liderazgos que emergieron en ningún momento trataron de recomponer la cohesión comunal, limitándose a actuar como intermediarios y defensores de personas, pero no como líderes o representantes de la comunidad.⁵⁰

Otro pueblo indígena que tuvo mucha visibilidad política en el XIX fue el de los “Nonualcos”, estos se ubicaban al suroriente del lago de Ilopango, en territorios de los actuales departamentos de La Paz y San Vicente. Se destacan los levantamientos dirigidos por Anastasio Aquino (1832-1833), Petronilo Castro (1846) y otros de la segunda mitad de siglo en los que se aliaron con caudillos como Santiago González y Francisco Menéndez. Se tratará con más detalle el de 1846 porque muestra algunos rasgos muy interesantes.⁵¹ En primer lugar, se dio pocos años después del de Aquino; al grado que algunos de sus protagonistas eran sobrevivientes de 1833, pero, además, participaron en movilizaciones posteriores. Efectivamente, Petronilo Castro participó en el de Aquino, lideró el de 1846, y murió en 1851, peleando al lado de fuerzas guatemaltecas en la campaña de La Arada.

El detalle más destacable de este caso es que permite ver que en un levantamiento indígena podían cruzarse distintas agendas que iban desde lo local hasta nacional, pasando por disputas de tierras y conflictos entre indígenas y ladinos. Pero también incidieron la difícil situación económica que vivió el país ese año, así como las exacerbadas disputas políticas entre facciones políticas de la élite y sus conflictos con el clero. Aun en ese contexto aparentemente caótico, los nonualcos supieron mantener su propia agenda, condicionada, pero no determinada por otros actores. Podría decirse que los rebeldes tenían objetivos máximos -derrocar al gobierno y reivindicar a las autoridades eclesiásticas-, y objetivos mínimos, revertir en el ámbito local medidas que les afectaban y frenar el empoderamiento de los ladinos en las municipalidades. Si bien fueron derrotados, esto no significó

50 Patricia Alvarenga Venutolo, “Los indígenas y el Estado: alianzas y estrategias políticas en la construcción del poder local en El Salvador 1920-1944”, en: *Memorias del mestizaje. Cultura política en Centroamérica de 1920 al presente*, (eds.) Darío A. Eurake, Jeffrey Gould y Charles Hale (Ciudad de Guatemala, Guatemala: CIRMA, 2004).

51 Véase Carlos Gregorio López Bernal, “El levantamiento indígena de 1846 en Santiago Nonualco. Conflictos locales, etnicidad y lucha de facciones en El Salvador”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 42 (enero-diciembre 2000).

su debilitamiento definitivo, en las décadas posteriores reaparecieron apoyando a diferentes facciones políticas, al grado que en 1885, Francisco Menéndez los recompensó con tierras comunales por haberlo ayudado a derrocar a Rafael Zaldívar; esto sucedió cuando ya se había decretado la extinción de la propiedad comunal.⁵²

Por último, pero no menos importantes: los cojutepeques, belicosas comunidades ubicadas en los alrededores de la actual ciudad de Cojutepeque, cuyos territorios colindaban con las márgenes norteñas del lago de Ilopango, prolongándose al nororiente hasta las vegas del río Lempa y el valle de Jiboa. Estos se volvieron famosos formando parte de las tropas que combatieron en Nicaragua al mando de Francisco Malespín entre noviembre de 1844 y enero de 1845, pero sobre todo en la campaña contra William Walker. Entre 1856 y 1890 participaron en numerosas revueltas, a veces siguiendo al famoso general José María Rivas, otras peleando por cuenta propia. Su última gran movilización se produjo en 1890, cuando fueron derrotados por los hermanos Ezeta.

Los estudios de Aldo Lauria han demostrado que Cojutepeque fue una comunidad indígena muy activa en la vida política del siglo XIX. Estos indígenas tenían una probada capacidad militar que los volvía atractivos y valiosos aliados, pero también temibles enemigos. Durante una buena parte del siglo XIX, pero especialmente entre 1856 y 1890, los gobernantes salvadoreños trataron de lograr el apoyo de los cojutepeques, o por lo menos no ganarse su animadversión. Varias veces se intentó desarmarlos y someterlos a la autoridad del gobierno central, pero la misma inestabilidad política obligaba a los caudillos y facciones de la elite a recurrir a ellos.⁵³

A principios de 1871 el general José María Rivas, que tenía mucha influencia en dicha comunidad, intentó movilizarla para apoyar la rebelión de Santiago González en contra de Francisco Dueñas, pero los indígenas se negaron; ellos no estaban a favor de la revolución. No obstante, González tomó el poder apoyado por otras comunidades indígenas y ladinas, entre estas últimas estaban los “volcaneños” de Santa Ana, acérrimos enemigos de Dueñas, quienes fueron recompensados reconociéndoles su derecho a ocupar las tierras que por mucho tiempo habían disputado con los ejidos municipales.⁵⁴ Entre abril y julio de 1871, los indígenas de Cojutepeque, en alianza con otras comunidades de los

52 Véase Aldo Lauria Santiago, *Una república agraria. Los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX* (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2002), 195.

53 Aldo Lauria Santiago, “Los indígenas de Cojutepeque, la política faccional y el Estado en El Salvador, 1830-1890”, en: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, (ed.) Jean Piel y Arturo Taracena (San José, Costa Rica: EUCR-FLACSO, 1995), 242.

54 Aldo Lauria Santiago, *An Agrarian Republic. Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914* (Pittsburgh, EE. UU.: University of Pittsburgh Press, 1999), 121.

departamentos de Cuscatlán y La Paz, y al parecer instigados por algunos curas, se rebelaron contra el recién establecido gobierno liberal.⁵⁵

Durante el año 1872, los cojutepeques se levantaron en varias ocasiones, al parecer instigados por el clero que resentía el sesgo anticlerical de la revolución que derrocó a Dueñas. Aldo Lauria registra movilizaciones el 27 de abril, el 10 de julio y el 22 de julio. El gobierno tuvo que emplear fuertes contingentes militares para derrotarlos. Como era costumbre en aquellos tiempos, una vez que se había controlado la revuelta, y para facilitar el retorno al orden se emitía un decreto de amnistía a favor de los rebeldes. Para entonces, era claro que mientras no se rompiera la cohesión étnica de esa región y el gobierno central no tuviera mayor presencia y control en ella, ese tipo de revueltas se seguirían dando.⁵⁶

En consecuencia, se expulsó a los curas más recalcitrantes y se reforzaron los cuarteles de Cojutepeque, Sensuntepeque y San Vicente. Luego se pasó a la creación de nuevos municipios. Se establecieron los de El Rosario (11-3-1872); Santa Cruz Michapa, Monte San Juan, El Carmen, San Cristóbal y Candelaria (12-8-1872). Fue una creación en serie de pueblos. En todos los casos se establecía el lugar en que debían levantar sus edificios públicos y religiosos y se decía que el gobierno se comprometía a auxiliarlos en la construcción. También se establecía que estos pueblos tendrían un alcalde, dos regidores y un síndico.⁵⁷

En realidad, lo más importante de tales decretos era lo último. No existía ninguna justificación de índole geográfica o económica para la creación de esos pueblos. Todos estaban en los alrededores de la ciudad de Cojutepeque, al grado que en la actualidad El Carmen y Candelaria se confunden con las barriadas de la ciudad. Lo que el gobierno buscaba era quebrar la cohesión étnica de los indígenas y tener más control sobre ellos. Las nuevas municipalidades, obviamente aliadas de González, serían piezas claves para reforzar el control político y militar. Para completar la tarea, el 10 de febrero de 1873, se creó el departamento de Cabañas, con los distritos de Ilobasco y Sensuntepeque. El nuevo departamento se desmembró de Cuscatlán y San Vicente.⁵⁸

Las alianzas de las comunidades indígenas con las facciones políticas no respondían exclusivamente a motivaciones ideológicas. Los cojutepeques fueron aliados de gobiernos guatemaltecos y caudillos nacionales considerados conservadores para luchar en contra de presidentes liberales como Gerardo Barrios y

55 Lauria Santiago, "Los indígenas de Cojutepeque", 244.

56 Lauria Santiago, *Una república agraria*, 184-189.

57 Jorge Lardé y Larín, *Recopilación de leyes relativas a la historia de los municipios de El Salvador* (San Salvador, El Salvador: Ministerio del Interior, 1950), 176-182.

58 Archivo General de la Nación, Impresos, tomo XX, documento 13. Para un estudio sobre la forma en que la creación de pueblos se relacionaba con la centralización del poder y el fortalecimiento del Estado, véase Carlos Gregorio López Bernal, *Poder central y poder local en la construcción del Estado en El Salvador (1840-1890)* (Tesis Doctoral en Historia, Universidad de Costa Rica, 2007).

Santiago González; pero en cierto momento también se enfrentaron a Francisco Dueñas, que se supone era conservador. En 1885 apoyaron al liberal guatemalteco Justo Rufino Barrios cuando invadió El Salvador para derrocar al también liberal Rafael Zaldívar. La invasión guatemalteca fracasó, pero los cojutepeques siguieron en la lucha contra Zaldívar bajo las órdenes de José María Rivas y en alianza con el liberal Francisco Menéndez, contra quien se levantaron unos años después.

En 1891, el general Rivas y los cojutepeques fueron llamados por el general Carlos Ezeta para repeler una invasión guatemalteca. Rivas entró a San Salvador para armar sus tropas y salir a la frontera, pero a la altura de Santa Tecla, se rebelaron y volvieron sobre la capital, la cual tomaron después de fuertes combates. Sin embargo, no pudieron resistir el contraataque de Ezeta y fueron derrotados. Rivas fue capturado y fusilado.⁵⁹ Esta fue la última acción importante de los cojutepeques. En el siglo XX “desaparecieron” de las disputas políticas sin que hasta hoy se puedan explicar las razones. Tuvieron un fuerte crecimiento demográfico y no consta que hayan sido más acosados por el Estado que otras etnias; tampoco fueron afectados por la privatización de tierras ni sufrieron una derrota militar catastrófica. Simplemente, desaparecieron de escena, tanto así que no participaron en el levantamiento de 1932.

La revisión del accionar de estas comunidades indígenas ilumina algunos aspectos de la historia salvadoreña en el siglo XIX y principios del XX, pero a la vez deja abiertas muchas interrogantes. Es innegable que estos grupos fueron actores políticos importantes y que la construcción del Estado en El Salvador no se puede entender sin considerarlos, pero es claro que hay una relación proporcionalmente el inversa entre protagonismo indígena y la fortaleza del Estado; es decir, la consolidación del Estado conllevó el debilitamiento y sometimiento indígena. Mientras fue posible, las comunidades indígenas de Nonualco, Izalco y Cojutepeque aprovecharon la debilidad estatal para obtener o mantener significativas cuotas de poder que usaron para defender su autonomía. Asimismo, se nota que estos grupos interactuaron intensa y fluidamente con otros sectores sociales, estableciendo alianzas, pero también enfrentándolos; determinantes de esas relaciones fueron la tierra, el poder local y los conflictos étnicos. Por último, esta revisión deja ver que las comunidades indígenas también sufrían fuertes divisiones internas que en ocasiones podían dar lugar a conflictos armados o disputas en las que debía intervenir el gobierno central, lo cual debilitaba su cohesión interna.⁶⁰

59 Véase Carlos Gregorio López Bernal, “Tiempo de liberales y reformas”, en: *El Salvador; la república*, (ed.) Álvaro Magaña (San Salvador, El Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola, 2000), 238-239.

60 Aldo Lauria Santiago y Jeffrey Gould, “ “Nos llaman ladrones y se roban nuestro salario” ”: Hacia una reinterpretación de la movilización rural salvadoreña, 1929-1931”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 51-52 (2005); véase también el caso de Apastepeque estudiado en López Bernal, “Poder central y poder local en la construcción del Estado en El Salvador”, 134-139.

La historiografía liberal vio a los indígenas como un problema; los historiadores e intelectuales de izquierda buscaron en ellos antecedentes y ejemplos para la lucha revolucionaria en que estaban inmersos y, además, que no es poco, incorporaron nuevos “héroes populares” al imaginario nacional. Sin embargo, es la historiografía más reciente la que más luces ha aportado. Ya no resulta extraño encontrar trabajos que tomen a los indios como centro de interés. Es más, ya se cuenta con estudios de casos que ayudan a entender cómo la cuestión étnica condicionó las relaciones sociales y la construcción del Estado en el siglo XIX, y cómo los indígenas se acomodaron a los cambios ocurridos en las primeras dos décadas del XX. Asimismo, se ha ido develando la participación de los indígenas del occidente en el levantamiento de 1932; de ser actores marginales han pasado a ser actores centrales.

Sin embargo, quedan muchos problemas por resolver. Aún no se tiene un estudio comparado sistemático de las tres etnias tratadas, el cual ayudaría a entender sus peculiaridades; es claro, por ejemplo, que la privatización de tierras y la caficultura fueron determinantes en la vida de los Izalcos y que estos factores explican en buena parte su radical y desesperada movilización de 1932, pero pierden peso para Nonualco y Cojutepeque, donde el café no fue un cultivo predominante y tampoco se dio una acentuada concentración de la propiedad de la tierra. Pareciera que en Cojutepeque, el uso del poder municipal, por parte del gobierno central, fue efectivo para debilitar a los indígenas, pero esa es todavía una hipótesis por probar. En los tres casos quedan como incógnitas la cuestión demográfica y el mestizaje. A primera vista pareciera que el declive demográfico no fue determinante, pero sí el mestizaje. Sin embargo, los estudios de Tilley comienzan a cuestionar esa tesis. En todo caso, es claro que ya para el siglo XX, y a excepción de Izalco en 1932, los indígenas dejaron de ser actores de primer orden en la vida política y en los levantamientos armados. Después de 1932, el protagonismo en los movimientos sociales corresponderá a otros actores como obreros, estudiantes y campesinos.

Movilización social urbana y rural (1910-1932)

Las primeras tres décadas del siglo XX muestran una interesante confluencia de movilizaciones sociales urbanas y rurales en las que es posible apreciar cambios y continuidades. Aparentemente, hay una cierta morigeración de las prácticas políticas, que tienden más hacia la participación electoral y van dejando atrás la lucha armada. Artesanos y obreros ganan protagonismo, pero sobre todo mayor visibilidad, sin que ello signifique la anulación de la participación

indígena que se mantiene por las vías del clientelismo y las alianzas con facciones de la elite, ya no tanto para ganar batallas, sino elecciones. Aunque el liberalismo sigue siendo dominante en el imaginario político de los salvadoreños, poco a poco comienzan a penetrar nuevas ideas: los ecos de las revoluciones mexicana y bolchevique llegan al país. En algunos sectores se comienza a hablar de anarquismo, socialismo y, más tarde, de comunismo.

No hay muchos estudios sobre movilizaciones urbanas para el siglo XIX, lo cual no significa ausencia de casos, sino solo desconocimiento de ellos.⁶¹ Tales fenómenos se hacen más visibles en el siglo XX; por lo menos para las ciudades de San Salvador y Santa Ana, las primeras movilizaciones del siglo aparecen vinculadas a procesos electorales y de organización obrera. En todo caso, acompañan a ciertos cambios que se dan en la esfera política a partir de 1910, en el marco de la campaña electoral en que resultó electo presidente el Dr. Manuel Enrique Araujo; el apoyo de artesanos y obreros fue determinante para que Araujo ganara las elecciones.⁶² Esto no pasó inadvertido para los Meléndez-Quiñónez, que gobernaron de 1913 a 1927, quienes rápidamente tendieron puentes hacia ellos.⁶³ Ese acercamiento a la elite gobernante amplió sus bases de apoyo, pero también benefició a obreros y artesanos, ya que recibieron algunas concesiones gremiales, pero sobre todo ganaron visibilidad y experiencia política y organizativa. Cuando algunos sectores urbanos se desencantaron de este juego, los Meléndez-Quiñónez viraron hacia el campo, estableciendo alianzas con comunidades indígenas del occidente.

En los primeros años de gobierno de los Meléndez-Quiñónez se estimuló la masificación de la política por medio de la organización de clubes. Este proceso, iniciado en la capital, pronto se propagó al resto del país. Alfonso Quiñónez se distinguió por su habilidad para formar “Comités” y “Clubes” que trabajaban por su causa no solo en San Salvador y las ciudades principales, sino en pequeños pueblos del interior del país. Estos cambios dieron lugar a una forma diferente de acción política; en esos años, la disputa del poder se dio preferentemente por la lucha electoral. Por un tiempo, los opositores al gobierno creyeron que las reglas

61 Una excepción interesante es el artículo de Aldo Lauria Santiago, “Holding the City Hostage: Popular Sectors and Elites in San Miguel, El Salvador, 1875”, *The Americas* (EE. UU.) 68, n. 1 (2011), que trata sobre una revuelta en la ciudad de San Miguel, aparentemente en rechazo a las reformas liberales que entonces se impulsaban.

62 Véase John C. Chasteen, “Manuel Enrique Araujo and the Failure of Reform in El Salvador, 1911-1913”, *South-eastern Latin Americanist* (EE. UU.) 2 (1984).

63 Alvarenga Venutolo, *Cultura y ética de la violencia...*, 233-245. Véase también Everett Alan Wilson, *La crisis de la integración nacional en El Salvador (1919-1935)* (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2004), 129-34.

de juego vigentes permitían no solo la competencia entre candidatos, sino que parecían dar condiciones para que se diera y aceptara un triunfo de la oposición.

No es de extrañar, entonces, que en la segunda mitad de la década de 1910 y la primera de la siguiente, las campañas electorales se volvieran intensas; tampoco es extraño que sea entonces cuando surge el primer partido político que crea estructuras que se mantienen más allá de una elección, este fue el Partido Nacional Democrático. Sin embargo, este proceso de politización de ningún modo debe entenderse como sinónimo de democratización. El régimen de los Meléndez-Quiñónez siempre conservó su carácter represivo y en cualquier momento en que se consideró que la oposición sobrepasaba los estrechos límites permitidos no se dudó en hacer uso de la fuerza contra ella.⁶⁴

A la larga, esta práctica provocó el desencanto en algunos, pero a otros los llevó a la búsqueda de otros caminos y de opciones más radicales; los obreros organizados mostraron un creciente descontento y dieron a sus demandas un claro sentido de clase. Esto es lo que aconteció, por ejemplo, con los afiliados a la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), fundada en 1924 y más tarde con el Partido Comunista Salvadoreño (PCS). Por su parte, los indígenas agregaron a su tradicional organización comunal, la experiencia de su participación en las “Ligas Rojas”; más tarde establecieron vínculos con el PCS y el Socorro Rojo Internacional (SRI).

Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que las décadas de 1910 y 1920 son cruciales para el surgimiento de las organizaciones de trabajadores urbanos y rurales; es entonces cuando estas logran desprenderse de la tutela de las élites políticas y definen un ideario a partir de una visión clasista de la sociedad. En este proceso fue decisivo el papel de los líderes obreros afiliados a la FRTS, al SRI y al PCS. Estos cambios fueron evidentes en la campaña electoral de 1930, cuya agenda se definió más por las demandas y expectativas de las masas organizadas que por las ideologías de los partidos en competencia.⁶⁵

Este despertar de los sectores sociales subalternos coincidió y en parte fue favorecido por la inusitada apertura política que vivió el país durante el gobierno de Pío Romero Bosque (1927-1931). Paradójicamente, la crisis económica, la ineptitud política del presidente Arturo Araujo y quizá la radicalización ideológica de algunos dirigentes de izquierda y, sobre todo de las masas del occidente, se confabularon para que esta prometedora coyuntura se cerrara brutalmente en enero de 1932.

El levantamiento de 1932 ha sido uno de los problemas más trabajados en la historiografía salvadoreña. Las razones son muchas, pero de seguro destacan

64 López Bernal, *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas...*, 185.

65 *Ibid.*, 214-217.

su magnitud. Seguramente que el adjetivo comunista con que fue calificado desde muy temprano le añadió un atractivo adicional; concomitante a lo anterior, pero curiosamente también como cuestionamiento permanente, se agrega el hecho de que la mayor parte ocurrió en una zona de fuerte presencia indígena. De hecho, fueron indígenas y campesinos los que en efecto se rebelaron, fueron también los que sufrieron la parte más dura de la represión.⁶⁶

Hacer una revisión exhaustiva de los trabajos sobre 1932 rebasa el alcance de este trabajo, por lo tanto, se dará prioridad a aquellos aspectos que traten el tema de la movilización, agregando, además, algunas ideas sobre las implicaciones político-ideológicas de las interpretaciones.

Rolando Vásquez propone una tipología para analizar los estudios sobre el 1932: los publicados entre 1932 y 1956, enfocados a culpar a los comunistas de la tragedia y que construyen la llamada “leyenda negra”; los que se centran en el “complot comunista”, la provocación del gobierno de Hernández Martínez y la tesis de la estrategia política equivocada que habría seguido el PCS (1857-1872); por último propone los estudios de corte más académico realizados entre 1973 y el 2009, que son los que mejor estudian el tema, dando interesantes interpretaciones gracias al acceso a nuevas fuentes y a marcos interpretativos novedosos.⁶⁷

La magnitud de la movilización social que antecedió al levantamiento, el alcance de este, sus características y la dureza de la represión obligaron al gobierno y los sectores dominantes a buscar explicaciones a lo acontecido. Aunque desde un primer momento intentaron “culpar” de la tragedia al comunismo internacional, pero sobre todo al Partido Comunista Salvadoreño. También tuvieron que reconocer que había razones que permitieron que las “prédicas disociadoras” tuvieran eco en las masas, pero obviaron quizá las más evidentes, que eran la pobreza y las pésimas condiciones de vida en el marco de la crisis económica que vivía el país, y se centraron en otras como la ignorancia e ingenuidad de los indígenas y campesinos o la corrupción de pensamiento en los obreros urbanos, primeros en ser seducidos por las ideas socialistas a través de la organización sindical.⁶⁸ El principal valor de estas interpretaciones radica en el impacto que

66 Una narrativa precisa y sugerente de los hechos aparece en Roberto Turcios, “Los años del General: 1931-1948”, en: *El Salvador: la República (1924-1999)*, (ed.) Álvaro Magaña (San Salvador, El Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola, 2000), 407-412.

67 Para un análisis de los estudios más relevantes sobre el 32, véase Rolando Vásquez Ruiz, “¿Rebelión indígena o comunista? Aproximación historiográfica a los sucesos del 32”, en: *Poder, actores sociales y conflictividad. El Salvador (1786-1972)*, (ed.) Carlos Gregorio López Bernal (San Salvador, El Salvador: Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, 2011).

68 Para una revisión de estas interpretaciones, véase López Bernal, *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas...*, capítulo 4.

tendrán en la expansión del anticomunismo en El Salvador, las cuales se prolongan hasta la actualidad.

La historiografía de izquierda también hizo del 32 un tema privilegiado, pero sus producciones circularon relativamente tarde, por lo tanto, debieron contraponerse a las historias oficiales ya afianzadas. Para los izquierdistas salvadoreños el 32 es importante por varias razones: 1) por la magnitud del hecho, que no se destaca tanto por el levantamiento en sí mismo, el cual no duró más de tres días, sino por la drasticidad de la represión. Un par de semanas de intensa matanza, cuyo número nunca será posible establecer. Aún así se habla de al menos 15.000 muertos,⁶⁹ 2) porque desde un primer momento se dijo que el levantamiento había sido dirigido por el Partido Comunista Salvadoreño, 3) porque la izquierda insiste en asociar el levantamiento con las movilizaciones sociales de décadas posteriores, especialmente de los años 70 y 80.

Debe señalarse que la izquierda salvadoreña ha tenido muchas dificultades para asumir el año 1932, y más para capitalizarlo políticamente. La herencia del 32 volvió incómoda, pues desde un primer momento se culpó al PCS de la matanza. De allí que destacados militantes de izquierda hayan dedicado muchas páginas de sus escritos a “aclerar” lo sucedido. Las memorias de Miguel Mármol constituyen un dramático ejemplo de cómo los sucesos de 1932 pudieron afectar al Partido Comunista y evidencian que tanto Mármol, que aportó sus vivencias, como Roque Dalton, que las transcribió y les dio forma, eran conscientes de que la izquierda estaba en desventaja frente a la derecha para manejar el asunto.⁷⁰ Trabajos posteriores de Dalton y Jorge Arias Gómez

69 Establecer el número de víctimas del 32 ha sido motivo de preocupación para los historiadores. La cifra de 30.000 muertos se fue imponiendo, al menos entre la izquierda, sin que contara con el soporte de la evidencia. Con una conveniente ingenuidad, Dalton señala que, “las organizaciones revolucionarias salvadoreñas de la actualidad, después de prolongados estudios documentales, afirman que los muertos fueron alrededor de 30 mil”. Dalton, *El Salvador. Monografía*, 170. “Estudios documentales” aluden a trabajos escritos por militantes de izquierda, no a “fuentes documentales”. La represión del 32 se caracterizó por las ejecuciones sumarias; a excepción de los casos Martí, Luna y Zapata, no hubo juicios. Por lo tanto, solo se pueden hacer estimaciones, de las cuales 30.000 muertos parece excesiva.

70 Roque Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. El título del libro ya es muy sugerente, pues en realidad se extiende sobre la vida de Miguel Mármol y no se dedica solo al levantamiento. Últimamente han aparecido interesantes investigaciones sobre este trabajo de Dalton que revelan como 1932 fue un argumento recurrente en las pugnas generacionales internas del Partido Comunista entre las décadas de 1950 y 1970; de hecho, la escritura y publicación del libro refleja la posición de Dalton en esos debates. Véanse Héctor Lindo Fuentes, Erik Ching y Rafael Lara Martínez, *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica* (San Salvador, El Salvador: FLACSO, Programa El Salvador, 2010); Rafael Lara Martínez, *Del dictado, Miguel Mármol, Roque Dalton y 1932, del cuaderno (1966) a la “novela verdad” (1972)* (San Salvador, El Salvador: Editorial Universidad Don Bosco, 2007).

también retoman el tema.⁷¹ Igual actitud se advierte en algunos de los documentos encontrados por Erik Ching en los archivos del COMINTERN en Moscú.⁷²

Fueron intelectuales como Arias y Dalton quienes a la larga lograron elaborar una “aceptable” interpretación del levantamiento del 32. Sus escritos reflejan muy bien las visiones teleológicas de la historia para entonces en boga entre la izquierda. Ellos no ven el levantamiento como un hecho histórico aislado, sino como “un escalón” en el desarrollo progresivo de las luchas de resistencia y liberación, que arrancan desde la oposición armada de los indígenas en contra de los invasores españoles y continúan con las luchas independentistas, especialmente las revueltas populares lideradas por Pedro Pablo Castillo. Luego seguía el levantamiento de Anastasio Aquino que se convirtió en el antecedente lógico de los hechos de 1932, y estos de las luchas que ya se libraban en el momento en que Arias y Dalton escribían.⁷³

Si se quiere ver el 32 como movilización social, las tendencias interpretativas han ido cambiando con el tiempo y muestran contraposiciones y matices interesantes. El calificativo de comunista que se le dio desde un primer momento sesgó la visión hacia un movimiento más “moderno”, de carácter urbano y con una clara presencia de activistas de izquierda. Esto se explica porque desde la década anterior se venía dando un pujante movimiento sindical impulsado por la FRTS y luego por el PCS, que dio mucha visibilidad a los trabajadores organizados, por lo que era lógico que se les asociara con la dirección del levantamiento. De hecho, estaban involucrados, pero principalmente como parte del componente urbano del levantamiento que fue neutralizado por el gobierno antes de que iniciara; producto de esa temprana represión fue la captura de los principales líderes, Farabundo Martí y Miguel Mármol incluidos.⁷⁴ La mayor visibilidad y protagonismo de los trabajadores urbanos organizados se volvió en su contra, pues quedaron en la mira de las autoridades policiales desde muy temprano.

71 Dalton, *Las historias prohibidas del pulgarcito*. De esta obra resulta muy sugerente su *1932 en 1972 (Homenaje a la mala memoria)*; Arias Gómez, *Farabundo Martí*. Entre otros trabajos que tratan ese problema pueden mencionarse: Alejandro Dagoberto Marroquín, “Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador”, *Anuario de Estudios Centroamericanos* (Costa Rica) 3 (1977); Abel Cuenca, *El Salvador. Una democracia cafetalera* (México, D.F.: ARR, 1962). Un balance muy completo de las interpretaciones sobre el levantamiento aparece en Héctor Pérez Brignoli, “Indians, Communist, and Peasants: The 1932 Rebellion in El Salvador”, en: *Coffee, Society and Power in Latin America*, (eds.) William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper (Baltimore, EE. UU.: The John Hopkins University Press, 1995).

72 Erik Ching, “Comunismo, indígenas y la insurrección de 1932”, en: *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador* (San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 2007).

73 Vázquez Olivera, “País mío no existes”...

74 Véanse Arias Gómez, *Farabundo Martí*; y Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. La fuerte difusión de los trabajos de estos autores seguramente contribuyó a fortalecer esta interpretación, que también se nota en Thomas Anderson, *El Salvador. Los sucesos políticos de 1932* (San José, Costa Rica: EDUCA, 1982).

En realidad, el grueso del levantamiento se dio en el occidente del país, una zona caracterizada por el predominio de la caficultura y por una fuerte presencia de indígenas, en antiguo y prolongado conflicto con los ladinos. Resulta lógico, entonces, que las explicaciones se centraran en los efectos de la crisis económica sobre el café, la conflictividad étnica y una cierta penetración de las ideas comunistas provocada por el viraje hacia el campo de la FRTS a partir del V Congreso realizado en 1929. Esta interpretación tenía la virtud de poner atención al núcleo territorial en que el levantamiento y la represión que lo siguió fueron más intensos; además, incorporaba razones indiscutibles, como el impacto de la crisis económica en el campo y la conflictividad étnica. Pero se enfrentaba a la dificultad de explicar cómo fue posible la penetración de las ideas comunistas en un entorno caracterizado más bien por el apego a la tradición.

Desde diferentes perspectivas, ese problema ya se advierte en trabajos pioneros de Rafael Lara Martínez y Héctor Pérez Brignoli, pero tomó más fuerza con los estudios de Erik Ching sobre el PCS. Lara Martínez consideró que las distancias culturales entre indígenas y comunistas hacían difícil la comunicación y la asimilación de las ideas comunistas: “si 400 años de influencia católica sólo han engendrado, en buen número de casos, un sincretismo entre la antigua religión y el catolicismo, ¿no resultará descabellado aseverar que un puñado de militantes consiguieron impulsar el estudio del marxismo, en un medio receloso al ladino?”⁷⁵ Por su parte, Pérez Brignoli hizo una exhaustiva y sugerente revisión de la bibliografía disponible y vio una separación territorial en el levantamiento, pero sobre todo diferencias de estilos de acción que respondían a racionalidades distintas; prácticamente dos rebeliones simultáneas, una urbana y moderna, frustrada, y otra rural, con visos de motín de indios, que sufrió el peso de la represión.⁷⁶

Erik Ching profundizó más en esta línea de investigación; basándose en los informes del PCS al COMINTERN concluye que el partido gastó el primer año posterior a su organización en prolongadas pugnas entre radicales y reformistas, que a menudo terminaron en purgas y expulsiones; señala que su dirigencia tuvo muchos problemas para definir la línea a aplicar en el agro, en parte por apearse excesivamente a la teoría marxista que no consideraba a campesinos como actores de primera línea en las luchas revolucionarias. Cuando al fin fueron al campo debieron enfrentar dificultades adicionales, pues los que en principio consideraban simplemente los campesinos, eran en realidad una abigarrada

75 Rafael Lara Martínez, “Del 32 como mito o la visión del vencido”, *ECA Estudios Centroamericanos* (El Salvador) 463-464 (1987): 327.

76 Pérez Brignoli, “Indians, Communist, and Peasants: The 1932 Rebellion in El Salvador”.

mezcla de proletarios agrarios, pequeños propietarios, ladinos e indígenas. Independientemente de las dificultades o de los mecanismos usados, lo cierto es que campesinos e indígenas se mostraron muy receptivos y dispuestos, al grado que su movilización y disposición de lucha desbordaron las expectativas y capacidad de conducción del PCS; para finales de 1931 era claro que en esta zona había un levantamiento en ciernes, al cual el Partido se unió en el último momento, con muchas dudas y luego de agrias discusiones.⁷⁷

Últimamente, la tendencia es más bien combinar las dos perspectivas antes planteadas. Sin obviar las distancias físicas y diferencias socioculturales existentes entre el San Salvador y las principales ciudades con el campo y los pueblos indígenas, se propone que estas no eran insuperables y que en cierto modo desde mucho antes habían existido interacciones relativamente fluidas entre ambas realidades, intercambios que se acentuaron en las primeras décadas del siglo XX y sobre todo en la segunda mitad de los años veinte, por la agitación de los activistas de la FRTS, del PCS y principalmente del SRI.⁷⁸

El reciente trabajo de Paul Almeida propone que las movilizaciones sociales en El Salvador del siglo XX pueden ser vistas asociadas a procesos de apertura política y/o reforma, entendidas de acuerdo con la categoría de “oportunidad”, que generan expectativas en los grupos sociales subalternos, lo que explicaría la expansión de sus demandas. Pero también pueden verse como productos de cierre de espacios y desencantos -“amenazas”-, lo cual provoca la radicalización de las protestas hasta llegar a las acciones violentas.⁷⁹ Almeida aplica la propuesta al 32, partiendo de la apertura política del gobierno de Romero Bosque (1927-1931) al golpe de Estado contra Arturo Araujo y el aumento de la represión contra los trabajadores organizados, escogencia que deja al margen las movilizaciones de trabajadores que se vienen dando desde la década anterior.⁸⁰

El levantamiento de 1932 tiene todas las características de un amplio movimiento social con un desarrollo gradual a lo largo de varios años, con demandas que se van ampliando no solo por la acción de los organizados, sino por los efectos de la crisis económica y el endurecimiento de la represión gubernamental. Su desenlace final y las interpretaciones que ha recibido dejan todavía mucho espacio para la discusión. Eso es lo que refleja la historiografía más reciente, que

77 Ching, “Comunismo, indígenas y la insurrección de 1932”.

78 “La perspectiva que postula un abismo cultural entre los comunistas y los indígenas rurales... omite las conversaciones que se dan a través de múltiples y turbias separaciones étnicas”, Gould y Lauria Santiago, *1932: Rebelión en la oscuridad*, 27. Este argumento es desarrollado con bastante evidencia en el capítulo 3, “Las fiestas de los oprimidos”.

79 Paul Almeida, *Olas de movilización popular: Movimientos sociales en El Salvador (1925-2010)* (San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 2011), 3-8.

80 *Ibid.*, 49-65.

apunta a cuestionar las “historias y memorias oficiales” de derecha e izquierda, a ampliar el listado de actores sociales y a combinar líneas de interpretación.⁸¹

Y es que 1932 se convirtió en punto de referencia obligada para las interpretaciones de la historia nacional y en anclaje histórico de la izquierda y la derecha. Independientemente de la magnitud de la tragedia de 1932, este levantamiento ha sido “usado” para demostrar la validez y solidez de los posicionamientos político-ideológicos de ambos extremos. Este es un curioso caso de confluencia inicial plena: el levantamiento del 32 fue promovido y dirigido por el Partido Comunista Salvadoreño. De allí en adelante, las interpretaciones se vuelven diametralmente opuestas; para la izquierda, el 32 simboliza un eslabón clave en las luchas populares por la liberación, mientras que la derecha reivindica el dudoso mérito de “haber salvado” al país de la primera embestida comunista. Tales visiones responden más a la lógica de construcción de memorias colectivas que a la racionalidad de los estudios históricos, pero ambas recurren a la historia para justificarse.

Conclusiones

Esta revisión historiográfica refleja un desarrollo desigual de los estudios históricos en El Salvador. Las dos vertientes predominantes en la historiografía sobre los movimientos de independencia se fundamentan más sobre filiaciones ideológicas y narrativas argumentativas que sobre un análisis objetivo y fundamentado en fuentes. Aunque en los últimos años han aparecido algunos trabajos con enfoques interesantes, no se centran específicamente sobre las movilizaciones, y su impacto es aún muy limitado.⁸² En todo caso, por la naturaleza del tema, las interpretaciones que más se difunden entre la población son las que se transmiten por medio de la escuela y las fiestas cívicas de la independencia.

Diferentes son los casos de los estudios sobre revueltas indígenas del siglo XIX y el levantamiento de 1932. De ser temas marginales y de estrechas

81 Sobre la “memoria” del 32, véanse Lindo Fuentes, Ching y Lara Martínez, *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica* (San Salvador, El Salvador: FLACSO-Programa El Salvador, 2010).

82 Por ejemplo, Adolfo Bonilla, *Ideas económicas en la Centroamérica ilustrada 1793-1838* (San Salvador: FLACSO-Programa El Salvador, 1998); Sajid Herrera Mena, *La herencia gaditana. Bases tardio-coloniales de las municipalidades salvadoreñas (1808-1823)* (Tesis Doctoral, Universidad Pablo de Olavide, España, 2005); Sajid Herrera Mena, “1811. Relectura de los levantamientos y protestas en la Provincia de San Salvador”, en: *Las independencias iberoamericanas*, (ed.) Lourdes Martínez Ocampo (México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones, 2010). Una veta muy sugerente, pero aún en proceso de desarrollo es la que presentan los trabajos de María Eugenia López Velásquez, “Noviembre de 1811: Revueltas populares en la provincia de San Salvador”, *Cuadernos de Ciencias Sociales* (El Salvador) 2, n. 4 (2011).

propuestas interpretativas, las revueltas indígenas se han convertido en un importante campo de investigación, al grado que ya no es posible entender la historia política y social del siglo XIX sin su consideración. De las prejuiciadas interpretaciones liberales, en las que primaban las contraposiciones ideológicas y el racismo, y las de izquierda que trataban de convertir a los indios en “rebeldes” cuasirevolucionarios, se ha pasado a ver a los indígenas como actores sociales con agendas propias, vinculados, pero no sometidos a las facciones de elites y a los caudillos. Asimismo, se han incluido las variables regionales y las causales asociadas a las movilizaciones, con lo cual se enriquece el análisis.

Algo parecido ha sucedido con el 32; aunque desde un primer momento fue objeto de debate, las primeras interpretaciones dependían mucho de la ideología y los prejuicios. Sin embargo, en la última década, el planteamiento de nuevas preguntas de investigación, el acceso a nuevas fuentes y la adopción de marcos interpretativos más imaginativos y flexibles han enriquecido enormemente su comprensión.

No obstante, las obvias diferencias entre los casos considerados, todos han sido objeto de polémicas y de “usos políticos” y memoriales de los eventos del pasado. Y es que de un modo u otro, independencia, movilizaciones indígenas o el levantamiento de 1932, han sido retomados *a posteriori* e interpretados en función de agendas político-ideológicas del presente. De diferente manera, todos los casos se vinculan con la construcción de identidades, ya sean nacionales, étnicas o de clase.

En resumen, esta revisión muestra un considerable avance de la historiografía salvadoreña en las últimas dos décadas, pero este sigue siendo asimétrico e intermitente. En algunos casos, se dispone de un amplio y variado repertorio bibliográfico; en otros, apenas se ha comenzado a hacer intentos de nuevos acercamientos. Este desbalance es producto de condicionamientos objetivos, por ejemplo, disponibilidad de fuentes y recursos para la investigación, pero también de la forma como la comunidad académica vinculada a El Salvador ha venido construyendo su agenda de investigación.